

Las 3 Intimidades

Por Alfonso Junco

A tí escritor, poeta, periodista que sabes que es el tuyo un ministerio eximio y que toda palabra degenera si no la vivifica la verdad; a tí, que quieres hermanar la excelsitud del artista y la excelsitud del apóstol, tres intimidades te son necesarias: la intimidad con Dios, para la plenitud espiritual; la intimidad con el estudio, para la plenitud intelectual; la intimidad con el arte, para la plenitud estética.

I.—Intimidad con Dios

Hay intuiciones que no sospechan, profundidades que no tocan, horizontes y alturas y resplandores que no pueden siquiera concebir los que nunca han gustado la intimidad con Dios. Océano de fuerte inspiración, de fulgurantes honduras, de amplitudes egregias, de castidades misteriosas.

No hay para el poeta fuente más pura y caudalosa a la vez. Todo poeta verdadero, quiéralo o no, es religioso. Podrá ser o mostrarse incrédulo o impío: en instantes de elevación y sinceridad, subirá a Dios:

“Quand notre orgueil se tait, notre douleur Le nomme”.
(Cuando calla nuestro orgullo, Le nombra nuestro dolor).

He aquí a Víctor Hugo. Como él, Lamartine, Verlaine, Guerra Junqueiro, Díaz Mirón. . . Y aquellos instantes contarán entre los supremos del artista: Podría hacerse en testimonio un sugestivo florilegio. Y ¿qué palabra humana llegará adonde llega la de los que se sacian en la intimidad de Dios: Francisco de Asís, Dante, Juan de la Cruz, Teresa, Luis de León?

Tiene el apostolado horas amargas, decepciones, cansancios; costosas renunciaciones al oro y a la fama, tantas veces ofrecidos a trueque de la claudicación y hasta sólo del disimulo y el silencio; la persecución de los enemigos y la más desoladora de todas, la persecución de los amigos: incompreensión, ingratitud, mezquindad, preterición de los nuestros. . .

Y en esas horas de hastío, de soledad y de dolor, desfalleceremos irrefragablemente si Dios no nos levanta; si no bebemos en la intimidad con Dios, la fuerza, la serenidad, la alegría que El sabe dar, a chorros inexhaustos, en los días de niebla y tempestad.

La vida está plagada de morbosas incitaciones; la carne arrastra hacia abajo; la podredumbre se disfraza de belleza, y solicita, halaga, apremia; hay momentos de lucha desesperada. . . Sólo Dios puede dar la victoria. Sólo en su intimidad hallaremos el supremo desdén por todo lo bajo, la aquilatada prudencia en las ocasiones, la sonriente austeridad en el diario vivir, la heroica lealtad en los trances de excepción.

Y es necesario. Es necesario juntar la dignidad del pensamiento y la dignidad de la vida; levantar el ejemplo a la altura de la palabra. Necesario para nosotros, pues sin ello nos falta el centro vital y marchamos al desastre; necesario para los otros, que siempre confrontan la doctrina con el hombre y sólo en su perfecta consonancia encuentran eficacia propulsora.

Y no te contentes con la limpieza, la probidad, la hidalguía: busca también la bondad. Hazte amar, si posible, hasta de aquellos con quienes batallas.

Cáncer de literatos es la vanidad: en ellos se enraiza, esponja y especializa esta plaga universal. Literato sin vanidad, es milagro. Y sólo Dios puede obrar ese milagro. . . forzoso para que el apostolado sea auténtico y limpio. Hay que raer del alma esta erupción ridícula; ser la antorcha que quema sus propias oscuridades para volverse luz; querer, con inmenso anhelo, ser ante Dios "el peldaño" que alguien cantó:

Que por mí suban a Tí
¡pero que suban pisándome!

II.—Intimidad con el estudio

Curiosidad alerta y laboriosa, ansia de adquirir, tenacidad insaciable de aprender. Aprender todos los días y jamás decir: "Basta".

Poeta, tus versos no serán lindas garrulerías como tantos: la belleza irá nutrida de profundidad. Escritor, periodista, dominarás las cuestiones, hablarás con claridad, precisión, aplomo: nada de vaguedades ni improvisaciones comprometedoras. La solidez de tu palabra dará apoyo a los tuyos, infundirá respeto al adversario. Para todos serás superioridad que es preciso reconocer: y esto sólo será ya un apostolado.

La desidia enmohece muchas facultades, la incultura esteriliza muchos talentos. El estudio roturará tus selvas, dilatará tus campos, fecundará tus semillas, sazonará tus cosechas, dará novedad, y precio, y variedad a tus frutos.

"Pensamos al principio de la carrera —dice en *Roma y Loreto* Luis Veuillot—, que un siglo no bastará para producir todo lo que en germen

sentimos de invenciones, de ideas, de maravillosos discursos; pero, desde la segunda obra, nos percatamos de que repetimos la primera y de que esta imaginación, inextinguible no es, a su vez, más que una imaginación". Estudiemos. "El estudio fortifica lo que existe, renueva lo que se agota, crea lo que no es".

El estudio, también, fortalecerá nuestra fe.

Suele decirse que la Iglesia tiene miedo de "las luces": de lo que tiene miedo es de la ignorancia. La ignorancia religiosa alimenta a casi todos los irreligiosos. Es increíble lo que se desconoce y prejuzga de religión, aun entre personas de cultura. Y así es frecuentísimo que se ataque a la Iglesia por lo que ella no sustenta, y que tengamos que "demostrar" a los adversarios cuál es nuestra doctrina.

Contra toda duda u objeción que nazca en ti o a ti llegue, no hay que cerrar los ojos: hay que abrirlos muy bien. Estudia con imparcialidad, con humildad, con madurez, en las fuentes puras.

De mí sé decir que nunca he vuelto del estudio sin una convicción más honda. Alguna vez, en puntos que creía débiles y en que tenía prevenciones —el poder temporal de los Papas, por ejemplo—, me he sorprendido al encontrar realidades que no son ya defensiva aplicación, sino conquistadora apología.

III.—Intimidad con el arte

Entre nosotros, católicos, abundan los que saben. Pero el saber, a secas, puede poco. Hay que mostrarlo con relieve y hermosura; hay que tener sentido estético; hay que cultivar el estilo. Y esto es menos frecuente. Muchos tiénenlo por cosa secundaria, y es cosa absolutamente fundamental. Su ausencia es uno de nuestros daños más graves.

¿De qué sirve el saber, si por opacos o farragosos nadie nos lee? ¿De qué sirve tener razón, si nadie se entera? ¿De qué sirve la verdad, si por nosotros empañada a nadie atrae ni mueve?

Ejemplo memorable tenemos a la vista. La *Historia de Cristo*, de Papini, con ser menos sólida que otras, ha logrado instantánea celebridad, ha dado la vuelta al mundo, ha sembrado mucho bien: ¿por qué? Aparte de otras razones, porque es obra de artista: porque el fuego del corazón brota de labios que tienen "entendimiento de hermosura".

¿Por qué, a la inversa, la *Vida de Jesús*, de Renán —obra deleznable, que se desmorona entre las manos de cualquier hombre sensato y entendido en religión—, alcanzó tal renombre y ha regado tantos prejuicios letales? Aparte de otras razones, por la seducción del estilo.

Hombre sin pasión por la belleza, es hombre inferior. Escritor sin *estilo*, es predicador en el desierto.

Y pues no está en nosotros nacer artistas ni crearnos esa cosa misteriosa que se llama el gusto, cultivemos lo que tengamos, poco o mucho, con devoción y ahinco. No hay que desalentarse: conozco a alguno que empezó desastrosamente y ha descollado.

¿Medios? Un buen guía, si lo hay, y siempre las “buenas compañías”.

Con ánimo libre, no para sentarnos a calcar, sino para correr al sol y respirar aire salubre y enriquecernos la sangre, vivamos en intimidad con los grandes escritores, nuevos y viejos. Con moderada preferencia por los viejos: porque las lenguas, como las tierras, se remueven escarbándolas —ha dicho superiormente Joubert—, y en la intimidad de Cervantes, Quevedo, los Luises, Gracián, Solís y tantos otros —cuyas obras por desdicha no son tan manoseadas como sus nombres—, hallaremos no sólo el castizo sabor y la entraña viva del idioma, sino más “novedades” que en muchos contemporáneos. Por experiencia lo digo.

Y no ser contentadizos. El que cree haber “llegado”, se hundió ya sin remedio. Para el artista como para el cristiano vale lo de San Bernardo: “No es bueno el que no quiere ser mejor”.

La belleza del estilo no es la “fermosa cobertura” de que hablaba el marqués de Santillana; no son “las galas literarias” de que hablan muchos; este concepto exterior y como postizo me parece tan pobre como falso.

No se trata de prender lentejuelas ni salpicar flores retóricas. La belleza del estilo es cosa íntima. Es cosa entrañada. Indefinible también: se siente más que se razona. No puede decirse: “así”.

El estilo ha de ser personal: siga cada quien su propia ruta, no bastardee su impulso autóctono. Lo personal, hasta con lacras, vale más que lo anodino.

Suelen lo estrepitoso y lo recargado ser defectos: quitándoselos, no obstante, a Huysmans, a Papini, a Bulnes, y los habréis matado.

No son recomendables el desaliño y el desorden: pero resultan deliciosos en Santa Teresa o Bernal Díaz.

Ante todo, pues, personalidad. Luego, hay normas buenas aproximadamente para todos.

El estilo ha de ser sobrio: nada hidrópico; nada fofó. Estilo cortado u oratorio, desnudo u opulento, la sobriedad proporcionada le vendrá siempre bien. El mundo tiene otros trabajos que leernos: digamos mucho en poco; “lo bueno, si breve, dos veces bueno”, falla Gracián; preferimos hoy un epíteto colmado a dos que se completan.

El estilo ha de ser límpido; nada de embrollos ni aglutinaciones; decir las cosas *sucesivamente*: eludir partículas, giros, frases o conceptos incidentales que no dejan marchar sin tropezones; simplificar; podar; decidirse a sacrificarse algo y hasta mucho por la transparencia y por el vigor:

“Qui ne sait se borner, ne sut jamais écrire”

decía Boileau; y Voltaire completaba el dístico insuperable:

“Le secret d’ ennuyer est celui de tout dire”.

(Quien no sabe ceñirse, nunca supo escribir. Decirlo todo es el secreto de aburrir).

El estilo ha de ser selecto y natural: huyamos del amaneramiento que hoy nos contamina; pero, sin rebuscar, busquemos la distinción, la novedad, el tropo vívido, la armoniosa fluidez, el adjetivo certero; abominemos de la “estrella de primera magnitud”, el “vacío difícil de llenar” y otras cien cosas incoloras y deformes a fuerza de sobadas.

El estilo ha de ser eficaz: expresar propiamente lo que quiere, y precisamente lo que quiere. Ha de ser de buena cepa; sin almidonados purismos, tenga sabor a castellano, a succulento castellano, y no a francés. . . o a esperanto, que sería no saber a nada.

Encuentro que en su *Diálogo de la Lengua*, Juan de Valdés sanciona magistralmente lo que pienso.

“El estilo que tengo me es natural y sin afectación ninguna escribo . . .”
“. . . que todo el bien hablar castellano consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes, de tal manera que, explicando bien el concepto de vuestro ánimo y dando a entender lo que queréis decir, de las palabras que pusiéredes en una cláusula o razón no se pueda quitar ninguna sin ofender o a la sentencia de ella, o al encarecimiento, o a la elegancia”.

“Busquemos el estilo —recalca el gran Veuillot—: me aferro a este pensamiento porque es esencial”. Busquemos el estilo. No por nosotros, sino por lo que tenemos que decir. Sólo así se leerá; sólo así será fecundo. Que, en lo bueno como en lo malo, sólo lo bien escrito penetra y perdura.

